

Enrique Molina

En la inauguración de la Escuela de Verano



SEÑORES profesores: Tengo el placer de hablaros no desde la eminencia de ninguna jerarquía. Somos soldados de una misma causa, miembros de la misma hermandad, peregrinos en busca de los tesoros de la cultura. Así me complazco en daros la más cordial bienvenida y desearos bienestar y provecho en vuestra breve estada entre nosotros.

Al dar el paso inicial en estos cursos no puedo dejar de felicitar a nuestra Facultad de Filosofía y Educación, nombro especialmente a su Decano la señora Corina Vargas de Medina y al Director de la Escuela de Educación señor Carlos Martínez, por haberlos planeado en forma tan acertada. Incluyo naturalmente en mis felicitaciones a los profesores que sin escatimar esfuerzos los han secundado con inteligente dedicación, al director de ellos señor Gonzalo Rojas y a su secretario señor Juan Loveluck; y me complazco en expresar mis agradecimientos a los ilustres catedráticos, de fuera y de aquí, que contribuirán a su éxito, tomándolos a su cargo.

Un pensador místico, de cuyo nombre no me acuerdo, ha dicho que debemos mirar las cosas como símbolos, ejecutar nuestros

actos como sacramentos y ver en cada persona un vaso del espíritu santo.

No me parece mala manera de encararnos a este misterioso universo; al contrario, profunda y fecunda, siempre que no olvidemos a la vez, cuando venga al caso, un poco de *humour* para evitar que vayamos a parecer demasiado envarados y estirados, fuera de propósito, por exceso de gravedad.

Al dirigirme, a vosotros, aunque indigno de ello, creo practicar pues un sacramento, como hay algo también de responsabilidad sagrada al hacer uso de la palabra ante los jóvenes de nuestras aulas.

Estoy seguro de que no podréis ver en lo que acabo de decir frases huecas que no corresponden a ninguna realidad. Una realidad honda nos une, una realidad honda que es una fe sin la cual no podríamos ser educadores. La confianza, la fe en la posibilidad de conseguir la perfectibilidad humana y de ir aumentándola. Este es un tópico que viene a confundirse con los del progreso y la cultura que no intentamos abordar en toda su amplitud. El siglo XIX fué un siglo de fe en el progreso y sus últimos decenios pueden figurar con justicia entre los más prósperos y felices de la historia de la humanidad, aunque haya habido en ese tiempo poetas y escritores como Baudelaire, Nietzsche, León Daudet y otros que lanzaron imprecaciones tremendas contra él. Pero hay que considerar las terribles cosas que vinieron después que justifican la afirmación de ver en los últimos años de la pasada centuria una época edénica para el mundo occidental. Algunos pensadores de aquel tiempo hicieron del progreso una verdadera religión —¿A qué hemos venido al mundo? se preguntaba Stuart Mill—. A dejarlo un poco mejor de como lo hemos encontrado, se respondía. Y el sociólogo norteamericano Laster F. Ward, haciendo suya la sentencia de Stuart Mill, formulaba la doctrina del meliorismo, que se aparta tanto del optimismo ingenuo como del pesimismo desalentador y confía en la beneficiosa acción propulsora del hom-

bre. Pero nunca han faltado ni faltan impugnadores de la idea del progreso. En parte seguramente con razón. Se reconocen los estupendos progresos materiales y técnicos. También los de orden intelectual y científico. ¿Cómo no reconocerlos? La facultad creadora del espíritu humano, la de dar a luz ideas nuevas e inventos, uno de los poderes más enigmáticos y característicos de nuestra inteligencia, ha tenido en los últimos tiempos un florecimiento antes nunca visto. Pero el hombre, el magno descubridor de imprevistas fuerzas y energías prodigiosas, ha sido con esto el creador de una nueva caja de Pandora, que ha vertido sobre el mundo junto con los bienes, revueltos los males. Los más de los inventos del hombre pueden emplearse tanto para el bien como para el mal. Sin ir más lejos, los automóviles sirven para lo que sirven de bueno como para dar golpes de mano y asaltos y efectuar raptos; con las armas de fuego el soldado defiende a su patria y asimismo el asesino ultima a su víctima; los progresos de la química han enriquecido la farmacopea con remedios milagrosos, y, a la vez, han puesto en manos del hombre los gases asfixiantes y venenos estupendos. La navegación aérea permite rápidas y prodigiosas comunicaciones entre los hombres y, por igual modo, que pueblos indefensos puedan ser bombardeados y destruidos casi instantáneamente. ¿Qué decir de la energía atómica capaz de arrasar de una sola barrida ciudades y provincias enteras? Y la hasta al parecer inocente radio que es como la vida de libres espíritus del aire, puede atormentar y desesperar a nuestros oídos, cuando sin control, ni discernimiento alguno, en lugar de órgano de noticias interesantes y útiles, se convierte en instrumento de ruidos desapacibles e impertinentes.

Se ve en qué situación de constante vigilancia sobre sí mismo colocan sus propios descubrimientos al hombre. Debe orientar su criterio y sus sentimientos en el sentido de que sirven sólo al bien. ¿Para qué decir que ésta es una tarea en que fallamos muy a menudo? De aquí y en virtud de tantos hechos que desgraciadamente abundan, el escepticismo acerca de la perfectibilidad moral

y espiritual del hombre. Como decíamos antes, en esta materia no deben haber dudas al educador. O cree en la posibilidad de perfeccionar al hombre o no es educador, es simplemente un ente de rutina que ha encontrado medios al parecer fáciles de hacer su vida; no pasa de ser un ganapán.

En realidad esta digresión entre educadores, aunque rápida, puede parecer ociosa. Los educadores figuran entre los que por lo general no dudan del perfeccionamiento humano. Este es un asunto en que se han complacido sobre todo algunos filósofos como Schopenhauer. De vuestra fe estáis dando pruebas al encontraros aquí, haciendo sacrificios pecuniarios y con el sacrificio de un mes de vuestro merecido descanso.

Lo cual no quita que los profesores no dejen de encontrar en su carrera obstáculos para su progreso. Primeramente los comunes a todos los hombres en esta época llena de incertidumbres y que sólo suelen vencer los dotados de un espinazo moral sólido.

Un sofisma frecuente que conduce a embotar la voluntad y a aflojar la tensión del arco del alma consiste en decir que no cumplimos bien ni nos esforzamos por superarnos porque es inútil y los demás no lo hacen. De nuestras flaquezas culpamos al ambiente. Cabe que haya parte de verdad en esta justificación de la indolencia; pero sólo parte. Es posible sobreponerse a un ambiente deletéreo no olvidando que hay que reformarse a sí mismo antes que tratar de reformar a los demás. En Chile el sofisma que estamos examinando tiene un cariz especial que vamos a considerar más detenidamente. Se dice que sólo en Santiago se hace carrera, se puede estudiar, se vive, y que los males del centralismo agostan, sofocan y marchitan los mejores impulsos del espíritu. Sin perjuicio de que sean ciertos muchos de los cargos que se formulan contra el centralismo, ¡cuánta exageración en el desatentado afán de los chilenos de vivir en Santiago! No os voy a dar razones, que no os hacen falta. Voy a citaros simplemente el caso de dos educadores chilenos ejemplares que han hecho todo su carrera fuera de

Santiago y han sido de los más eminentes de nuestro país. Son breves recuerdos de nuestra historia educacional que no deben olvidarse y que traerlos aquí justificará siquiera en parte esta deshilvanada charla. Los dos eminentes educadores a que me he referido son Alejandro Venegas y Maximiliano Salas Marchant, egresados del primer curso del Instituto Pedagógico. Aunque respecto del último sólo en parte es verdad que haya hecho enteramente su carrera fuera de Santiago. Durante algún tiempo Salas ha desempeñado cargos en la capital, como, por ejemplo, el de Director de la Escuela Normal J. Abelardo Núñez.

Sabemos que es una práctica de todas las naciones civilizadas rendir homenaje al soldado desconocido. Se mantiene una llama perenne con este objeto. Parece que los pueblos la mantuvieran con efluvios de su corazón. ¿Por qué no mantener encendida una llamita en homenaje al educador desconocido? Deseo hacer, si no eso, evocar la figura de dos maestros no suficientemente conocidos.

Después de la fundación de la Universidad del Estado en 1842, tal vez el hecho más importante en la historia de la educación chilena fué la fundación, casi medio siglo más tarde, en 1889, del Instituto Pedagógico. El primer curso duró tres años y sus egresados fuimos graduados a fines de 1892, año en que se llevó a cabo también una trascendental reforma en la enseñanza secundaria, implantando en ella el sistema concéntrico.

Sólo en 1905 vinieron a tener lugar los primeros cursos de temporada, que fueron llamados entonces Cursos de Repetición, organizados por el entusiasta Secretario General de la Universidad doctor Luis Espejo Varas. Se verificaron en Santiago, en septiembre de 1905. Hace, pues, medio siglo. En estos cursos tuve a mi cargo uno sobre "Enseñanza y metodología de la Historia".

Los dos profesores ya nombrados, Maximiliano Salas y Alejandro Venegas, han sido los más sobresalientes del primer curso del Instituto Pedagógico y merecedores del reconocimiento de todos los chilenos.

nuevo el goce estético frente a una literatura de la cual nos habíamos alejado tanto en una peregrinación por comarcas artísticas de las más diversas latitudes y conformaciones geográficas, donde a veces laberínticos caminos, intrincadas selvas y arriesgados precipicios han provocado nuestra tentación de aventura.

Y acaso sea oportuno consignar aquí cómo el Destino ha querido depararme últimamente un ciclo de retornos. Así el año pasado volví también a Maturín, mi pueblo natal, después de 40 años de ausencia. Era una villa de 5,000 habitantes en 1913; hoy con la riqueza petrolera manifiesta en sus inmediaciones, pasa de los 33,000.

Todo regreso, a la distancia de varias décadas, equivale a un redescubrimiento que obliga a la rectificación de nuestras imágenes de la memoria y a nuevas cargas de la sensibilidad. La casa paterna es mucho más baja de como nos la representábamos, más penumbrosas y estrechas sus habitaciones, menos desahogados los patios donde esparcíamos anchamente nuestra infancia visionaria. En cambio, aparecen superiores a los recuerdos la naturaleza física y la naturaleza humana: el paisaje vibrante de luz y color que estalla en el canto de los pájaros y el carácter intuitivo, emocional y simpático de la gente. Y como en el mito siempre vigente de Anteo nuestra euforia se agiganta con el contacto telúrico.

¿Nos ocurrirá algo semejante en esta nueva excursión por los predios literarios de un autor que ha tanto tiempo no frecuentamos? ¿Resultará ventajosa o desventajosa para la imagen cuya acuñada en nuestra fantasía de adolescente la confrontación que ensayamos ahora? Va a decirlo esta exposición surgida con el propósito de ceñir la vivencia reciente con la mayor fidelidad posible.

Y ante todo, según es de rigor y conveniencia una sucinta biografía.

Casualmente, puesto que no ha habido elección deliberada de la fecha para recordarlo, un día como hoy hace 9 años falleció en Santiago don Manuel J. Ortiz: el 18 de noviembre de 1945. Había nacido en San Carlos, provincia de Ñuble, en 1870. El ata-

severas quejas y críticas contra las falsas devociones y vicios de la sociedad actual. Pasados algunos días se le vuelve a presentar el divino profeta en su casa situada en la misma mencionada plaza. Esta vez el objeto de sus censuras y amonestaciones es el propio Venegas por la vida relajada y licenciosa que está llevando. Con palabras de fuego y de unción mística a la vez lo incita a consagrarse al servicio de los pobres, de los desamparados y de los que sufren.

Ese hermoso diálogo de un vigor supremo, escrito con sangre, como dirían Schopenhauer y Nietzsche, contiene un programa, todo un programa de acción social; y lo admirable, estupendamente admirable, es que Venegas, al escribirlo no hizo mera literatura sino que se sometió a él y lo cumplió fervorosamente con su labor de educador en el Liceo de Talca y, sobre todo, escribiendo sus nuevos libros *Cartas al Excelentísimo señor don Pedro Montt —sobre la crisis moral de Chile en sus relaciones con el problema económico—* y *Sinceridad —Chile íntimo—*, 1910. Venegas quiso contribuir al análisis de nuestra situación nacional que le inquietaba y a la busca de los remedios más acertados para nuestros males. Nuestro autor escribió sus libros con honradez profunda. No podía esperar de ellos ninguna ventaja material, ni ascensos, promociones ni honores, como que ni unos ni otros obtuvo. Peor que esto: el segundo, *Sinceridad*, fuera de algunas satisfacciones morales, no le trajo más que preocupaciones y amarguras. También fueron honrados, serios y amplios los estudios preliminares que hiciera.

Además, a fin de recibir impresiones directas, recorrió el país de norte a sur.

Venegas hacía estos viajes, que no eran de recreo sino de esfuerzo, en vacaciones, sin sustraerle un solo día al cumplimiento de sus obligaciones del Liceo. Lo hacía por su propia cuenta, a costa del miserable sueldo que percibía. Tenía que viajar con pasaje de segunda o tercera clase y hasta en cubierta de los vapores. ¿Habrá habido algún personaje de los escalafones administrativos capaz de semejantes sacrificios por amor a su país?

Pero como a la vez era todo un señor funcionario, Venegas tenía que guardar las apariencias. El vicerrector y profesor del Liceo de Talca no podía exponer en esas andanzas su respetabilidad social. Venegas se disfrazaba y viajaba de incógnito. Se teñía de rubio la cabeza, el bigote, la barbita y con su tez morena resultaba un raro tipo de gringo, mezcla de inglés y de mongol. En esta fecha salía, como un buhonero, a vender él mismo sus propios libros.

“Haciendo caudal de todas sus observaciones— dice Armando Donoso a propósito de *Sinceridad*—, de sus pacientes estudios, de sus prolijas experiencias, escribió Venegas un libro amargo, acaso el más descarnado de cuantos se hayan concebido en América, sin olvidar la *Mercurial Eclesiástica*, de Montalvo, el *Manuscrito del Diablo*, de Lastarria, o *Pueblo enfermo*, de Arguedas. En medio de la cobardía colectiva significa un alto ejemplo de salud moral el valor de un hombre, de todo un hombre, que practica la autopsia de una sociedad movido por un incorruptible deseo de mejoramiento y de verdad”.

Yo diría todavía que en *Sinceridad* hay la exaltación mística que admiramos en muchas de las páginas, sobre todo en las últimas, de la “Vida de don Quijote y Sancho”, de Unamuno.

Pocos libros me han llegado en los últimos tiempos tan a la entraña como *Sinceridad* en la segunda lectura que le diera. Y no creo que ello se deba a la honda amistad que me ligaba al autor ni a la evocación nostálgica de tantas cosas vividas en aquellos años. No. Es la actitud de aquel hombre que ahora he visto en toda su grandeza como no la viera antes. Sin compartir todas sus ideas, notando en ellas exageraciones, apasionamiento e intransigencias, no es posible dejar de reconocer que la pureza y el valor de su actitud son únicos. Parece poseído de un delirio dionisiaco para decir lo que estima la verdad, toda la verdad. Nuevo Quijote, hidalgo de la pluma, arremete sin contemplaciones contra todo lo que se aparta de sus austeros valores. No halaga ni contemporiza con nadie; no trata de asegurarse ni el aplauso de la prensa ni la aprobación ni la protección de nadie. Aquellos a quienes sirve su corazón

no podrán salir en su defensa. Podrá decirse lo que se quiera de la obra de Venegas, pero no cabe desconocerle su elevado propósito, la noble aspiración que lo animaba y que son su propia austeridad y sus sacrificios se había conquistado el derecho a ser severo. Y, ¿cómo quejarnos de la crítica de un hombre cual Venegas cuando hemos vivido y vivimos abrumados por la crítica diaria más implacable hecha con móviles políticos? ¿Cómo no añorar más bien su actitud absolutamente desinteresada, su perfecta abnegación al servicio del país y de los principios que deben reglar las relaciones de los hombres? Venegas no escribió para medrar ni para alcanzar el poder. Convivió con el pueblo, comió en una misma mesa y durmió bajo un mismo techo con los inquilinos de los campos sureños y con los trabajadores de las salitreras; sufrió las durezas de las cubiertas de los vapores al lado de los pobres; pero no para pedirles su voto y encumbrarse con él, sino para servirlos, incógnitamente, como una invisible sombra del Evangelio, sorprenderles sus verdades y sus dolores, hacerlos suyos y exprimir en esta viña sombría el jugo agrio de su "sinceridad".

Escrito en el Liceo de Talca, oasis de tranquilidad en medio de un ambiente adverso, en un cuarto sencillo, que bien ha merecido los honores de celda de un anacoreta, el libro recién comentado, fuera de los valores ya mostrados en él, es un documento de importancia fundamental para la vida de Chile en los primeros años del presente siglo. Agreguemos que Venegas era de un temperamento tan humano, tan buen compañero, que se mostraba igualmente apto para organizar fiestas como para cuidar enfermos.

Discurriendo sobre el progreso hemos considerado dos desti- nos ejemplares de profesores. Perdonadme si encontráis que esta digresión ha estado fuera de lugar. Siempre la vida humana es lo más interesante sobre todo, cuando son señeras. Ellos no formularon teorías del progreso pero han contribuído a él. No fueron positivistas de fila, pero podrían haber hecho suya la divisa positivista de "El amor por principio; el orden por base y el progreso por meta".

El progreso que les interesaba era el cultural y espiritual, que es el que principalmente nos interesa a nosotros, sin que desconozcamos la importancia de los adelantos materiales en sí mismos y para estímulo de las propias cosas del espíritu. Por el hombre y a través de las obras del hombre se viene realizando el espíritu en la tierra. La humanidad es una alquitara del espíritu. Esta nuestra misteriosa vida, hermosa y sombría, alegre, regocijada y atormentada, es una carrera cuyo fin no lo formamos cada uno de nosotros individualmente. No somos la última palabra de la vida. Somos lámparas transitorias. Lo que nos corresponde hacer es cuidar el óleo de nuestras lámparas y correr la carrera bien.

Bajo estos auspicios esperanzado me complazco en asociarme a vosotros, como compañero de jornada, en vuestros afanes de perfeccionamiento y de actividad creadora.